

abstiene con harta frecuencia de dar indicaciones concretas y es preciso desconfiar de las leyendas que más tarde han consignado el nombre de Martín en lugares en los cuales indudablemente jamás estuvo. Según parece, donde más actividad desplegó fué en el Centro, en la Turena, en el Anjou, en las comarcas de Chartres, Autún, Sens y París; Gregorio de Tours dice que visitó también la Saintonge y el Angoumois, y seguramente estuvo en Vienne, en donde se ha encontrado el epitafio de un fiel por él bautizado.

Por otra parte, el enérgico apóstol se constituye en defensor de los oprimidos contra las violencias de los funcionarios imperiales. En Tours, el conde Aviciano, «esa bestia feroz que se alimentaba de sangre humana y de la muerte de los desgraciados,» se amansa en su presencia y pone en libertad á los prisioneros á quienes se proponía dar muerte. Obligado á ir á presentar una instancia al emperador Valentiniano, San Martín es arrojado á la puerta del palacio; cuando al fin comparece ante el emperador, éste permanece sentado, pero habiéndose prendido fuego en el asiento, según afirma el hagiógrafo, Valentiniano reconoce la voluntad divina y otorga al santo todo cuanto le pide. En Tréveris, mientras los demás obispos rodean solícitos, como serviles cortesanos, al usurpador Máximo, Martín se niega á sentarse á la mesa de éste, declara «que no puede comer con el hombre que ha despojado del poder á un emperador y ha quitado la vida á otro,» y le anuncia que morirá si lleva la guerra á Italia y ataca á Valentiniano. Máximo y su esposa veneran tanto valor unido á piedad tanta. En tiempo de la herejía priscilianista y en tanto que otros obispos incitan á Máximo á que persiga á los herejes en España, Martín desaprueba esta intervención del poder civil en los asuntos de la Iglesia, y para evitar esta medida violenta se resigna á comulgar con sus colegas, cosa de la que jamás se consoló. «Todavía vivió diez y seis años, pero en lo sucesivo no concurrió á ningún sínodo y evitó todas las asambleas de obispos.» Murió en Candes, no lejos de Tours, probablemente en 397; los habitantes de esta última ciudad llevaron á ella triunfalmente su cuerpo y más adelante construyóse sobre su tumba una gran basílica por iniciativa del obispo Perpetuo.

El culto de San Martín se extendió por toda la Galia; en muchos sitios se mostraba la huella de sus pasos; en todas partes se erigían templos bajo su advocación y en torno de su memoria se multiplicaban las leyendas (1), habiendo llegado á ser su nombre como el símbolo de la evangelización de la Galia en el siglo iv.

Uno de los más activos colaboradores de esta obra, Vitricio, obispo de Ruán, había conocido á Martín. Soldado como él, su negativa á seguir en el servicio militar por poco le cuesta la vida. Hacia el año 398, Paulino de Nola le felicita por haber sido elegido por Dios para propagar la luz «en la Morinia, en las selvas y costas salvajes en donde no se encontraban más que aventureros bárbaros ó habitantes que se entregaban al

(1) «Solamente Francia (inclusas la Alsacia y la Lorena) cuenta 3.675 iglesias dedicadas á San Martín, y el nombre de éste ha sobrevivido en 425 burgos, caseríos ó aldeas.» Lecoy de La Marche, *obra citada*, pág. 500. En el siglo xiiii, más de una tercera parte de los templos de la diócesis de Burdeos estaban consagrados á él: Jullian, *Ausone et Bourdeaux*, 1893, pág. 138.

saqueo.» Los fieles se multiplican en las ciudades, en los burgos y en los campos y se construyen iglesias y monasterios, y lo propio sucede entre los nervios «á quienes apenas había tocado hasta entonces el soplo del Señor (2).» Ruán, «en otro tiempo obscura, es ahora conocida de muy lejos é incluida en el número de ciudades ennoblecidas por santuarios.» Sólo en Bretaña penetraba lentamente el cristianismo: en el centro, San Martín de Brives, discípulo de San Martín, murió tal vez mártir; á principios del siglo v, los habitantes de Autún todavía paseaban en un carro, para proteger sus campos y sus viñas, la estatua velada de Cibeles, y se cuenta que ante el signo de la cruz hecho por el obispo Simplicio cae el ídolo, y que á consecuencia de este y otros prodigios la pagana muchedumbre se convierte.

En la región del Rhin, en Tréveris, una sola iglesia bastaba todavía en el siglo iv á la comunidad; y sin embargo era aquel el gran centro cristiano del Este, no habiéndose encontrado en ninguna otra ciudad de la Galia, por lo que á esa época se refiere, tantos epitafios cristianos. Colonia tenía un obispo, pero hacia el año 355 la comunidad era allí, al parecer, poco numerosa; en la misma época se da á conocer la de Tongres con su obispo Servasio; y en Maguncia, en 368, cuando la ciudad fué atacada por los alamanes en un domingo, una gran parte de la población se hallaba en la iglesia. En Lorena, la iglesia de Toul existe en el siglo iv; en cuanto á las de Metz y Verdún, sus orígenes están envueltos en tinieblas.

Así como en muchas ciudades aparece el episcopado en el curso de la segunda mitad del siglo iv ó á principios del v, en el campo la evangelización avanza muy lentamente; la misma frecuencia con que se promulgan los edictos imperiales que proscriben los antiguos cultos, demuestra la ineficacia de tales disposiciones. En 395 un retórico galo establecido en Roma leía en el Foro de Marte un poemita sobre las epizootias bovinas; uno de los pastores á quienes pone en escena declara que sus rebaños fueron curados por el signo de la cruz «que sólo en las grandes ciudades es reverenciado (3).» El autor se dirige unas veces á la avaricia de los labriegos, presentándoles el cristianismo como una religión económica que no exige gastos para los sacrificios, y otras á su amor propio invitándoles á que imiten la moda de las ciudades. San Jerónimo, que conoció la Galia de la segunda mitad del siglo iv, la considera sometida todavía al yugo del paganismo. La Iglesia no terminará la conquista de las poblaciones rurales hasta que arroje sobre ellas sus ejércitos de monjes y multiplique sus conventos aun en el corazón de las más espesas selvas; tal será la obra de los siglos siguientes.

—Multitud de hechos demuestran la tenacidad de los antiguos cultos. En Brioude, no lejos de la tumba y de la capilla de San Julián, existía todavía un templo y se alzaban sobre una columna las estatuas de Marte y de Mercurio; allí celebraban sus cultos los paganos hasta que una tempestad que se elevó de pronto les decidió á convertirse y á destruir sus ídolos. El culto de Mercurio tuvo tanta más vitalidad cuanto que se identificaba con el del dios galo Lug; para suplantarle, insta-

(2) Respecto de la Morinia y de los nervios, véase el presente tomo, pág. 16.

(3) *Anthologia latina*, edición Riese, págs. 317 y siguientes.

láronse en su lugar santos cristianos cuya leyenda recordaba en algunos rasgos la de aquél; así, por ejemplo, San Miguel y San Jorge, que dieron muerte al dragón, reemplazaron á Lug, que mataba la serpiente con cabezas de carnero. A falta de templos y de ídolos, veneraban los labriegos rocas, lagos, fuentes; pues bien, la Iglesia puso en todos estos sitios los signos de su culto, levantando cruces en las ramificaciones de los caminos, colgando piadosas imágenes junto á las fuentes y en los árboles sagrados, construyendo humildes capillas en el fondo de los bosques y consagrando los dólmenes y los menhirs. Mas á pesar de esta hábil política las antiguas creencias luchan todavía: las viejas divinidades, transformadas algunas de ellas en santos y santas, conservan varios de sus rasgos y la veneración rústica, que bajo su aspecto postizo las reconoce, les consagra un culto más familiar y más ardiente cual si se tratara de antepasados en quienes se encarna la continuidad de la familia y cuya vista despierta mil recuerdos lejanos y gratos. A menudo también los antiguos dioses, puestos fuera de la ley y desterrados, se apoderan de los bosques y de los páramos, establecen en ellos su reino, en el que no sin temor penetran los cristianos, y se muestran ora alegres y benévolos, ora falaces y hostiles; la misma Iglesia al considerarlos como demonios reconoce con ello su divinidad perdida. Tal fué el caso sobre todo de esas trinitades locales bajo cuya protección se ponían las comarcas y aun las familias y que se conocen con el nombre de *madres* (*matres, matrona, matrae*): abundan los monumentos en que estas divinidades tienen en las manos flores y frutas; Roma las había identificado con las Parcas, y del nombre de *Fata* con que á éstas se designaba y del de *Fatuae* que se daba á las ninfas, deriváronse las hadas de la Edad media. Estas, convertidas en *Buenas Damas* y *Damas Blancas* que habitaban los dólmenes, conservaron su papel tutelar y, adornadas por la leyenda con su nativa poesía, todavía el relato de sus aventuras excita las imaginaciones infantiles (1).

De aquí que hasta en los mismos fieles las prácticas paganas se mezclan con el culto cristiano. En Arlés, en la región tal vez más cristianizada de Francia, un concilio celebrado en 443 declara sacrílegos á los obispos culpables de negligencia para con los que encienden pequeñas antorchas y veneran los árboles, las fuentes y las rocas, prescripción que los concilios reproducirán durante mucho tiempo. Muchas costumbres todavía subsistentes, como los regalos de Año nuevo, el Carnaval, etc., son de origen pagano.

#### IV.—La sociedad pagana y la sociedad cristiana

A pesar de los progresos del cristianismo, no variaban, ni siquiera en las ciudades, la educación, la civilización y las costumbres: el Imperio, las instituciones y el es-

(1) Maury, *Les fées au Moyen Age*, 1843; *La magie et l'astrologie dans l'antiquité et au Moyen Age*, 1860; *Croyances et légendes du Moyen Age*; nueva edición de las *Fées*, por Longnón y Bonet-Maury, 1896. F. Vallentin, *Les dieux de la cité des Allobroges*, «Revue Celtique», tomo IV, 1879-1880. S. Reinach, *Les monuments de pierre brute dans le langage et les croyances populaires*, «Revue archéologique», 1893. Mannhardt, *Der Baumkultus der Germanen und ihrer Nachbarstämme*, 1875. Cerquand,

píritu público estaban en decadencia, pero las letras profanas conservaban su prestigio (2).

Entre los miembros de la aristocracia galo-romana, todavía encontramos paganos declarados como Rutilio Namaciano, que en un poema sobre su regreso á Galia, compuesto en 416, se desata en una virulenta sátira contra los monjes. Cuando Salviano, cuya fe fué tan fogosa, se casa allá por el año 430, sus suegros son todavía paganos y no se convierten hasta más tarde. ¡Cuántos, por otra parte, se contentan con un cristianismo puramente superficial y siguen siendo paganos de espíritu y de estilo! Ausonio es cristiano, según se descubrió al fin por algunos de sus versos; pero sus verdaderos dioses son los de Ovidio y de Horacio y su moral es completamente epicúrea: hombre de bien y excelente marido, entonó cantos en loor de queridas imaginarias y compuso versos galantes y hasta obscenos para conformarse con las tradiciones clásicas.

Este cristianismo mundano había de provocar violentas reacciones. La Iglesia comprendió cuán difícil era conquistar corazones para Cristo si se dejaba á las letras profanas el cuidado de formar las inteligencias, y San Agustín indicó qué era lo que debía hacerse con los sabios, los gramáticos y los oradores paganos que abrazaban el cristianismo. Sulpicio Severo se propuso vulgarizar con sus crónicas en la Galia los libros sagrados y la historia de la Iglesia por medio de un resumen de unos y otra escrito en buen estilo; algunos, en cambio, fueron más lejos condenando como un crimen la afición á los poetas y á los oradores profanos: así el bordelés Paulino de Nola escribía á su amigo Jovius para apartarlo del culto de las letras.

Era en vano luchar contra tan poderosa tradición. En el siglo v, Sidonio Apolinario, cuando quiere felicitar á Paciente, obispo de Lyon, por haber distribuido trigo entre los pobres, saluda en él á un nuevo Triptolemo, y hasta en epitafios de sacerdotes y de obispos se habla de los bosques elíseos, del Tenaro y de las gargantas del Averno. Y los que quieren pintar el infierno se inspiran en las descripciones que los antiguos habían hecho del Hades y del Tártaro y el barquero Caronte pasa al servicio de la Iglesia.

En el siglo iv, un miembro de la aristocracia galo-romana había de realizar un verdadero esfuerzo para ser ferviente cristiano, pues su conducta era causa de escándalo. Paulino de Nola pertenecía á una familia ilustre y su padre había sido prefecto de las Galias; educado por Ausonio, desempeñó funciones públicas y hasta llegó á ser cónsul, y si bien era cristiano, éralo con poco entusiasmo. Paulatinamente se fué apartando de los negocios y del mundo, trabó estrechas relaciones con obispos, fué discípulo de San Ambrosio y se hizo bautizar por Delfino, obispo de Burdeos. Avivada su fe, adoptó el sistema de vida de los monjes y vendió sus bienes distribuyendo el producto de los mismos entre los pobres. Consagrado sacerdote en Barcelona, establecióse en Nola (Italia) cerca del sepulcro de San Félix, y llegó á ser obispo de aquella ciudad. Tal ejemplo dado por un hombre de posición tan elevada fué

*Sur la persistence et les transformations de légendes relatives aux divinités celtiques ou germaniques au Moyen Age*, 1889; etc. Véase las págs. 25 y siguientes del presente tomo.

(2) Véase el presente tomo, págs. 198 y siguientes.



un triunfo para los cristianos: San Agustín, San Ambrosio y San Martín se regocijaron de él y felicitaron a Paulino; en cambio, sus parientes y aquellos de sus amigos que vivían en el mundo no le escatimaron los reproches ni las burlas y su maestro Ausonio no se consoló de lo que consideraba como una traición. Por aquel mismo tiempo, Honorato, que había de fundar el gran monasterio de Lerins, luchaba con iguales preveniciones: su familia era noble y muchos de sus miembros habían desempeñado cargos públicos; cuando quiso hacerse bautizar, diríase que este acto implicaba la decadencia de su casa; pero aunque su padre trató de distraerle con los atractivos de los placeres mundanos, Honorato persistió en su propósito y convirtió a su hermano Venancio en compañía del cual se expatrió. Todavía a mediados del siglo v Salviano se indigna con las distracciones paganas de sus contemporáneos: «Minerva, dice, es objeto de un culto y de homenajes en los gimnasios; también se rinden éstos a Venus en los teatros, a Neptuno en los circos, a Marte en los anfiteatros y a Mercurio en las palestras.» La multitud se aglomera en estos espectáculos y sus ojos y sus orejas se alimentan con las exhibiciones y los diálogos obscenos en los teatros y con las crueldades en la arena; Tréveris, arruinada, incendiada, diezmada por los bárbaros aun reclama los juegos del circo, y el papa León I, en una carta dirigida en 459 a Rústico, obispo de Narbona, habla de los cristianos que toman parte en los espectáculos y en los banquetes de los paganos ó que presentan ofrendas a los ídolos.

De suerte que la alta sociedad, por sus costumbres, por sus gustos, hasta por sus sentimientos, se mantiene durante mucho tiempo rebelde al espíritu cristiano, al que las grandes familias acusan de arruinar sus tradiciones y de introducir la división entre sus miembros. Sin embargo, aun por este lado es cada vez más desigual la lucha entre ambas religiones, pues mientras el cristianismo crea ardientes apóstoles como Martín, y teólogos dispuestos a arrostrar el destierro, como Hilario de Poitiers, la antigua religión tiene por abogados a anticuados retóricos como Ausonio y a los profesores cuyos ilusorios éxitos éste celebra, en su mayoría buenas gentes, ricos, rodeados de amigos y de discípulos y que gracias a estas falaces apariencias creen ingenuamente en su arte. Si muchos de ellos son partidarios del antiguo culto, muévese a ello una fe literaria, banal y superficial como su inteligencia; su pedantería se entretiene con juegos de palabras, se encierra en la admiración hacia Homero y Virgilio, ó estudia «el derecho pontifical, los tratados el origen, anterior a Numa, de Cures, la ciudad de los sacrificios, y los códigos de Dracón y de Solón,» en tanto que a su alrededor se derrumba aquel pasado de cuya sombra viven. Y mientras las escuelas profanas se inmovilizan en la rutina, anuncia-se una especie de renacimiento latino en la literatura cristiana. Se ha observado que la literatura romana de los siglos iv y v, comparada con la del III, presenta una viveza singular; pues bien, en este movimiento de las inteligencias, los cristianos figuran en primera línea y entre ellos es preciso buscar los mejores poetas, oradores y moralistas. En la Galia los hay entonces famosos por la corrección y la elegancia de su estilo, como Sulpicio Severo, Paulino de Nola y Sidonio Apolinario;

otros, menos cuidadosos de la forma, hablan un lenguaje más popular y más rudo, pero vigoroso y personal, por ejemplo Hilario de Poitiers, de quien hablaremos más adelante, y Salviano, el sacerdote de Marsella que escribió una apología tan vehemente del cristianismo. Todos, por otra parte, tienen algo que decir; todos piensan y sienten á menudo con pasión, gracias á lo cual las letras cristianas son superiores á las profanas, y muchos de ellos, que intervinieron en los sucesos de su tiempo, dieron durante los mismos pruebas de energía y de valor (1). En adelante, la sociedad en peligro buscará en ellos sus hombres y sus caudillos.

#### V.—El episcopado en la Galia en los siglos iv y v (2)

En los siglos iv y v la Iglesia se organiza y se convierte en verdadero Estado que substituye al romano, del cual toma á veces las divisiones: á la unidad administrativa, la *civitas*, con su territorio, corresponde, la unidad eclesiástica, el obispado; á la provincia administrativa, la provincia eclesiástica gobernada por el obispo metropolitano. Estas reglas, aunque en los detalles sufrieron algunas modificaciones, en conjunto conservaron su fuerza durante la Edad media, y las antiguas divisiones romanas, así cristianizadas, subsisten á pesar de las particiones de reinos, de las creaciones administrativas y de las formaciones feudales que trastornaron el mapa político de Francia.

El obispo es el jefe de la comunidad, gobernándola con el poder delegado por Cristo en sus apóstoles y representándola ante el Estado; y el emperador se inclina delante de él y le besa la mano. Este jefe, sin embargo, es elegido por los fieles: cuando en una ciudad vaca la sede episcopal, los obispos de la provincia se reúnen en ella y el nuevo prelado es elegido en presencia del pueblo que le otorga su sufragio, siendo consa-

(1) Respecto de las letras en la Galia en esa época, véase *Histoire littéraire de la France* por los benedictinos, tomos I, II, 1733-35. Ampere, *Histoire littéraire de la France avant le XII<sup>e</sup> siècle*, tomo II, 1839. Ebert, *Histoire de la littérature latine au Moyen Age*, traducción francesa, tomo I. Jullian, *Ausone et Bordeaux*, 1893. Boissier, obra citada. Guizot, *Histoire de la civilisation en France*, tomo I, páginas 90 y siguientes, 101 y siguientes, ha señalado perfectamente el contraste intelectual entre la sociedad cristiana y la pagana.

(2) FUENTES.—*Concilia*, edición de Labbe, 1671-1672, ó de Mansi, 1759-1793; Bruns ha publicado en 1839 una edición cómoda de los cánones de concilios de los primeros siglos. Obras de Salviano, Sidonio Apolinario, Hilario de Poitiers, Casiano, Próspero de Aquitania, Fausto de Riez, Oriencio, en la *Patrologia latina* de Migne; la mayoría de estos escritores han sido posteriormente editados con más esmero en el *Corpus scriptorum ecclesiasticorum* de la Academia de Viena ó en los *Monumenta Germaniae historica*, de Berlín, serie en 4.<sup>o</sup>

OBRA DE CONSULTA.—Además de las muchas ya citadas, Loening, *Geschichte des deutschen Kirchenrechts*, 1878. Hefele, *Histoire des Conciles*, traducción Delarc, 1869-1878, los tres primeros volúmenes. Duchesne, *Origines du culte chrétien*, 3.<sup>a</sup> edición, 1903. Imbart de la Tour, *Les paroisses rurales du IV<sup>e</sup> au XI<sup>e</sup> siècle*, 1900. Marignan, *La foi chrétienne au IV<sup>e</sup> siècle*, 1887; *Etudes sur la civilisation française*, 1899. Ebert, *Histoire de la littérature latine au Moyen Age en Occident*, traducción Aymeric-Condamin, tomo I, 1883. Malnory, *Saint Césaire d'Arles*, 1894. Arnold, *Caesarius von Arles und die Gallische Kirche seiner Zeit*, 1894. Valentin, *Saint Prosper d'Aquitaine*, 1900. Le Blant, *Etude sur les sarcophages chrétiens de la ville d'Arles*, 1878, y *Les sarcophages chrétiens de la Gaule*, 1886.

grado por sus cofrades y después por el metropolitano. De modo que los fieles toman parte en la elección, aunque bajo la inspección del episcopado que ratifica la elección por medio de la ordenación, pudiendo intervenir en aquélla no sólo los habitantes de la ciudad, sino que también los de la circunscripción eclesiástica. La creciente importancia del episcopado fué causa de disturbios y competencias: los poderes laicos y los partidos quisieron apoderarse de la elección de los obispos, pero en la Galia los papas y los obispos mantienen enérgicamente la regla de que «no se puede imponer á una comunidad un obispo contra su voluntad y de que deben ser consultados el clero y el pueblo.»

Las divisiones populares y las intrigas de los candidatos proporcionaban, sin embargo, á los obispos frecuentes ocasiones para imponer su voluntad. En Chalón disputábase en 470 el obispado tres candidatos: «Uno de ellos, hombre de malas costumbres, se vanagloriaba de sus antepasados; otro, glotón famoso, estaba apoyado por sus parásitos, y el tercero se había comprometido solemnemente á entregar á sus partidarios, si resultaba elegido, los bienes de la Iglesia.» Paciente, metropolitano de Lyon, llegó á la ciudad, celebró consejo con los obispos, y todos juntos, sin consultar con el pueblo, consagran obispo á un archidiacono, Juan, «conocido por su moralidad, su caridad y su dulzura,» sin que nadie se atreviera á reclamar. A veces también el obispo antes de morir designaba sucesor; así lo hizo Honorato de Arlés en 429 cuando escogió á Hilario, y una bandada de palomos que se cernió en torno de la cabeza del elegido atestiguó la aprobación divina.

Al mismo tiempo continuaban influyendo en las elecciones consideraciones de carácter profano. Aun en aquellos casos en los cuales el pueblo no se dejaba seducir por las intrigas y promesas de dinero, no eran el saber ni las virtudes religiosas lo que más le preocupaban, sino que en presencia de los disturbios de la época quería por obispos á hombres que por su cuna, por su educación y á menudo hasta por el papel que habían representado, pudieran defenderle enérgicamente. La aristocracia galo-romana, compuesta de las familias senatoriales, se apodera del episcopado con asentimiento de los fieles y aun á veces se lo transmite de padre á hijo. Germán era duque en Auxerre y hacía una vida profana cuando le ordenó sacerdote el obispo Amator, el cual, al morir, le designa al pueblo como sucesor suyo. Eucherio, obispo de Lyon desde 434 á 449, es de familia senatorial; su padre tal vez fué prefecto de las Galias, y de sus dos hijos, uno, Salonio, fué obispo de Ginebra, y otro, Veranio, de Vence. Rústico, obispo de Narbona, es hijo y sobrino de obispos. Sidonio Apolinario es hijo y nieto de prefectos de las Galias y yerno de un ex emperador y ha sido prefecto de Roma; es célebre como escritor, pero todavía pertenece al mundo cuando el pueblo de Clermont le elige obispo en 470. En 472, en Bourges, Sidonio, que patrocina un candidato al episcopado, Simplicio, recuerda que en la familia de su protegido ha habido obispos y prefectos: «Él mismo, dice, se ha presentado con frecuencia, en representación de vuestra ciudad, delante de los reyes cubiertos de pieles de animales ó delante de príncipes cubiertos de púrpura.» Este cuerpo episcopal de tal modo formado se resistía á menudo á abrir sus filas á hombres

nuevos, pero hubo de admitir en su seno á algunos monjes; así salieron numerosos obispos del monasterio de Lerins principalmente.

Los que por su firmeza, por sus virtudes y por sus buenas obras se habían hecho populares, aparecían á los ojos de los fieles como personajes semi divinos que vivían en comunicación con los ángeles y con los santos. El día en que muere San Martín, Severino, obispo de Colonia, oye coros que cantan en el cielo y hace que á su vez los escuchen los clérigos con él reunidos, diciéndoles: «Mi señor el obispo Martín ha emigrado de este mundo y ved cómo los ángeles lo llevan cantando al Paraíso.» Las biografías de los buenos obispos, aun de los contemporáneos, están llenas de milagros (1). Su labor, por otra parte, es difícil: uno de los mejores de ellos, Hilario de Poitiers, quiere que el obispo tenga á la vez ciencia y pureza de costumbres; la una sin la otra es inútil. Uno de los principales deberes del obispo es la predicación, pero también debe visitar su diócesis; protector de los pobres, algunas veces, como Paciente de Lyon, alimenta en tiempo de hambre á las poblaciones de regiones enteras, gasta su fortuna en cargamentos de trigo y funda hospitales. «El obispo, dice un canon de concilio, debe, en cuanto puede, alimento y vestido á los pobres y á los enfermos que están imposibilitados de trabajar por sus propias manos.» Protector de los débiles y oprimidos, ha de estar siempre dispuesto á defenderles contra los funcionarios imperiales. Ya hemos visto la actitud adoptada por San Martín enfrente del conde Aviciano y del emperador Valentiniano. En Arlés, Hilario advierte á menudo en secreto al prefecto de las Galias para que evite sentencias injustas; un día entra éste en la iglesia, seguido de sus funcionarios, mientras aquél predica y el obispo cesa de hablar declarándole «indigno de recibir el alimento espiritual,» viéndose el prefecto obligado á retirarse. Muy pronto veremos á los obispos afrontar á los bárbaros y servir de intermediarios entre los invasores y las antiguas poblaciones, preparando de este modo la formación de una sociedad nueva. Su autoridad en la ciudad es tal que muchos han creído que tuvo un carácter oficial y que habían ejercido las funciones de aquellos *Defensores* creados por los emperadores del siglo iv para proteger á la plebe contra los «poderosos.» Los que así opinan están en un error, pero de hecho los obispos desempeñaron este papel merced al poder moral que habían conquistado (2).

El obispo es además un administrador temporal. Antes de Constantino las comunidades ya poseían bienes y tierras que les fueron confiscadas por virtud de los edictos de persecución y restituidas á consecuencia del edicto de Milán. Constantino dió el ejemplo de las generosidades hacia las iglesias y en una constitución de 321 permitió que se hicieran legados en su favor; pero entonces los clérigos se entregaron con tal ardor á la caza de testamentos, que el Estado hubo de interve-

(1) Esta literatura hagiográfica vive sobre un fondo común de convenciones, de fórmulas consagradas, de repeticiones; véanse especialmente las observaciones de Kohler, *Etudes critiques sur la vie de Sainte Geneviève*, 1881, págs. 111 y siguientes.

(2) Fustel de Coulanges, *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France; L'invasion germanique*, nueva edición, 1891, págs. 39 y siguientes. Chenon, *Etude historique sur le Defensor civitatis*, «Nouvelle Revue historique de droit français et étranger,» 1899, págs. 551 y siguientes.